

un territorio habitado, el clima, etc., son elementos que se necesita tener en cuenta para explicar el desarrollo de los pueblos, el objeto de la geografía excede de estos límites y tiene fuera de ellos un valor sustantivo: así, una tierra inhabitada es asunto geográfico, pero no importa directamente á la historia; del mismo modo que una porción de cuestiones relativas á la fisiología y anatomía humanas interesan especialmente á los antropólogos, y no son tampoco de la historia.

Semejante distinción, que á primera vista parece lógica y absoluta, pierde mucho de su valor en cuanto se desciende á un más detenido examen de los términos. Atendiendo á los objetos de las ciencias que forman el primer grupo, surge desde luego la consideración de que todos ellos tienen un valor propio, independientemente de su relación histórica: y que, en suma, las obras de arte no interesan ni son vistas de igual modo por el historiador que por el crítico estético, ni el lenguaje por el lingüista propiamente dicho y por el historiador general ó el de la literatura, etc. Además, ciertos objetos de los mismos que dependen de la actividad humana, tienen dos usos distintos en historia: uno, á título de obras del hombre, que contribuyen á expresar su característica especialmente intelectual, y otro, como medios ó *instrumentos* para entender distintos objetos. Tal sucede con las lenguas, que por sí interesan al historiador como elementos de la civilización, pero, á la vez, son un instrumento necesario para descifrar, leer y entender otras cosas de la misma civilización, es decir, todas las fuentes literarias: y de aquí la especie que algunos autores distinguen en las ciencias auxiliares, llamándola de «ciencias instrumentales».

El resultado de toda esta investigación viene á ser lo que, por otra parte, es evidentísimo y no requiere grandes esfuerzos para ser entendido, á saber: que si todos los objetos que proceden de la actividad humana ó están íntimamente ligados por influencia directa con ella, pertenecen á la historia, á título de elementos integrantes ó explicativos de la civilización y del carácter de los pueblos, todos ellos también poseen valor propio é interés distinto, que los hace objeto de ciencias especiales diferentes de la histórica propiamente dicha, por referirse á particularidades ó aspectos de las cosas que no interesan ó exceden del objeto de la historia humana. Y no se diga que esto ocurre tan sólo con aquellos objetos modernamente incorporados á esta ciencia, porque lo propio ocurre con los que tradicionalmente se le referían (la política y la guerra), que constituyen ciencias independientes de muy superior ámbito que el de su puro aspecto histórico.

Bastan, á nuestro parecer, estas consideraciones para poner en claro la cuestión de las ciencias *auxiliares*; rectificando juntamente el criterio antiguo—todavía persistente en algunos autores (1) y que las hacía materia extraña y exterior á la historia, á la cual desde afuera prestaban ciertos auxilios—y la confusión que pudiera resultar del concepto moderno, olvidando la sustantividad propia de las ciencias especiales y el terreno particular en que, sin ser ya historia humana, siguen siendo disciplina interesante y de múltiples aplicaciones para la vida.

Según este criterio, ya no pueden mirarse la geografía,

(1) Verbigracia, Freeman, *loc. cit.*—Conviene leer lo que dice acerca de esta cuestión, para rectificarlo.

la arqueología, la filología, la numismática, el derecho, etcétera, como ciencias *auxiliares* de la historia humana (dando á esta palabra de *auxiliar* el sentido que antiguamente se le daba), sino como ciencias de objetos históricos, que tienen su aspecto y aplicación histórica, pero que á la vez, por su importancia propia, como la política y el arte militar, se han diferenciado y estudian su respectiva materia en todos los aspectos posibles. Con todas ellas se forma la historia, cuyo contenido propio son los estados temporales de la vida humana y de los objetos que el hombre crea, así como los de aquellos elementos naturales que influyen sobre éste y determinan su actividad.

VI.

USO Y CRÍTICA DEL MATERIAL DE ENSEÑANZA.

Expuesta en el capítulo anterior la clasificación del material, procede ahora hacer su aplicación pedagógica, enumerando el más á propósito para la enseñanza, y haciendo indicación del diferente uso que cumple hacer de él, según los grados.

Ocioso sería repetir que el material se extiende hoy á esferas muy distintas de la literaria á que antes se ceñía, y que ya Niebuhr rompió, intentando formar la historia antigua con otros materiales que los historiadores clásicos. Hasta entonces lo ordinario era «considerar á los antiguos como la única fuente de todo saber....., y nada más natural, tratándose de la antigüedad propiamente dicha, que contentarse con releer á sus historiadores ó desleírlos en insípidas paráfrasis» (1). Niebuhr, recogiendo las tendencias, ya muy manifiestas, que se dirigían á encontrar «más allá de los historiadores las tradiciones primordiales y las le-

(1) Ver el interesante artículo de Ch. Moeller, *Les travaux allemands sur Rome ancienne et moderne*, en la *Revue catholique*, de Lovaina. 15 de Junio de 1870.